

COSAS DONOSTIARRAS



LOS PUENTES

El primer puente.—El último.—Santa Catalina.—Los Fueros.—Genealogía.—Documento antiguo.—Los salmones.—El Urumea.—El ingeniero Crame.—Más ingenieros.—Gastos.—Examen de planos.—El arquitecto Ibero.—Su puente.—Folleto en contra.—Carlos III.—Ministros y generales.—Solución.—Funerales del rey.—Muere Ibero.—No hay puente.—La convención.—La guillotina.—Fernando.—Los gansos del capitolio.—Napoleón.—Evans.—Puente nuevo.—Los carlistas.—Echeveste.—Puente viejo.—Jamar.—Aguirre.—El puente de piedra.—Día memorable.—Cortazar.—Miles de duros.—Recuerdo.

Dos puentes contará en breve la ciudad de San Sebastián.

El actual, llamado de Santa Catalina y el que *viene*, el que se *avicina* que, con seguridad, sera justamente admirado: éste ha de ser bautizado con la denominación de Los Fueros.

El primero toma el nombre de sus anteriores que fueron nombrados así, por haber existido en lugar próximo la histórica iglesia de Santa Catalina.

El que va á construirse tomará el nombre del paseo de donde partirá la obra, y por tanto, nada más exacto y oportuno que sea llamado puente de Los Fueros.

Hagamos historia; mejor dicho, puesto que se trata de *futuro tan rico* y por *ende fidalgo* cual es el nuevo puente, hagamos genealogía.

Así, ni más ni menos, genealogía.

Se sabe algo del primer puente que se levantó en la desembocadura del Urumea?

Del primero no podemos determinar con certeza, pero sí daremos razón del más antiguo de que hay noticia.

En un documento donostiarra del año 1377 se lee lo siguiente: «é mandamos que de todos los salmonef que se pefquen con redef en la barra de Surriola se dé diefmo á los maniobreros de la Puente de Sancta Catalina...»

Sabemos, pues, por este instrumento que en pleno siglo XIV existía puente de Santa Catalina.

Según un cronista del siglo XVII, consta también que el puente grande de madera que se extendía sobre el *desemboque* del Urumea en San Sebastián era de *gentil artificio* (sic).

Aquel celebrado puente estaba construido de manera que se abría por su centro con objeto de que los «navíos, é bajeles, é pinazas entraran é salieran río arriba é mar adentro» con los productos de las industrias establecidas en las márgenes del hoy silencioso Urumea.

Desde Santa Catalina hasta Hernani, siguiendo el curso del río, existían astilleros muy importantes, buen número de fundiciones, obradores de anclas, de toda clase de noble arma blanca, etc., etc.

Aquel puente fielmente representado puede verse en uno de los cuadros que se hallan en la escalera de la Casa Consistorial.

El puente, como era de madera, se resentía frecuentemente con motivo del tráfico continuo y por la fuerza de las mareas en ciertos períodos del año, resultando su reparo verdadero chorreó para los fondos del pueblo. Pasaban de mil ducados al año los gastos de conservación.

Por entonces se inició la idea de construir un puente de piedra.

Allá por los años 1659 el ingeniero Cristóbal de Zumarieta, maestro mayor de fábricas y fortificaciones de Guipúzcoa trazó el proyecto de un puente nuevo con pilastras de piedra.

Buen número de años después el ingeniero jefe Felipe Crame presentó un nuevo plano de puente de piedra perfectamente trazado y acuarelado con acierto.

Este original, que lo tenemos á la vista, es sumamente curioso, es un documento, bastante bien conservado, que inspira y que nos expone un verdadero capítulo de historia donostiarra.

A la cabeza del dibujo se lee: «Plano, Perfil y Alzado de un Puente de Piedra de nueva idea, que puede executarse sobre el Río Hurumea en la Ciudad y Plaza de San Sebastián, á fin de excusar con el gasto de una vez, el Continuo dispendio que resulta de la manutención á el de Madera que hoy tiene inmediato al que se propone; como se demuestra en el mismo Plano.—Explicación del Plano y perfiles, etcétera, etc.—San Sebastián y junio 4 de 1757.—Felipe Crame».

Este puente tiene catorce ojos, y tanto sus detalles como su conjunto están esmeradamente delineados.

Pero á pesar de los trazados que se sucedían, el puente de madera seguía en pié.

Algún tiempo más tarde aparecieron dos nuevos planos sobre el mismo asunto debidos el uno, á Joseph de Arzadun y el otro á Juan Ascensio de Chorroco.

El trazado del primero se componía de cinco ojos, y el segundo de nueve.

Estos dos proyectos fueron examinados por Francisco de Ibero, distinguido arquitecto que le cupo parte muy activa en la edificación de la iglesia de Santa María.

Los dos nuevos puentes no tuvieron éxito, puesto que Ibero se encargó de idear un tercer plano.

Este proyecto era con siete ojos, seis de cantería y el séptimo de madera para incomunicar en momentos de invasión.

Nada, que esta vez se llevaba la cosa adelante, el puente de piedra sa hacía al fin, la obra empezaba, pero... entra el diablo por medio y ataca el proyecto, y los planos y la obra sufren demora.

El diablo se metamorfoseó en folleto batallador, quedando molido en sus páginas el trabajo de Ibero.

Afirmaba el tal escrito que por razones de hidráulica no debía aceptarse dicho puente. A aquel folleto le salió otro al encuentro defendiendo con sólidos argumentos el proyecto del arquitecto Ibero.

Algunas voces salieron de tono, interviniendo en el asunto generales y ministros y el mismísimo rey Carlos III, habiéndose acordado que los planos fueran nuevamente estudiados, como así se hizo por una comisión nombrada al efecto, resultando triunfante el trabajo de Ibero que fué á la vez felicitado.

Al cabo llegaba el ansiado día, San Sebastián iba á tener puente de

piedra: empleóse todo un verano en levantar el primer pilastro con profundos cimientos de pilotaje.

Así las cosas, se recibió la infausta nueva del fallecimiento de Carlos III, y esta ciudad celebró solemnes funerales en la iglesia de Santa María, levantándose en el centro del templo un magnífico catafalco, leyéndose en su cuerpo bajo, esta inscripción en caracteres de oro sobre fondo negro: «Inclyt. Heroi. Amant. Princip. Carolus III, Hisp. Reg. cujus ¡heu dolor! infaust. vit. rescid. parc. ob. æter. grat. in. major. per. antig. Div. Mariæ Templo piet. Retig. Civ. Sti. Sebast. hoc. cœnotaph XVI Kal. Mart. anno M.DCC.LXXXVIII».

El siglo XVIII avanzaba ya hacia el ocaso; había muerto el arquitecto Ibero; las obras de Santa Catalina se habían abandonado, y tampoco aquella generación conoció puente de piedra.

Y venga otra vez el puente de madera desvencijado y con los gastos de siempre, sobre él pasaron en 1793 los soldados de la convención francesa, hasta que abandonaron esta ciudad en virtud de la paz de Basilea, dejando á nuestros antepasados el triste recuerdo de haberse levantado la guillotina en medio de la plaza Nueva (hoy de la Constitución), decapitando á un cura y á un desertor franceses.

A los pocos años volvieron de nuevo los galos á San Sebastián, sin que de las murallas de aquella población despertara ave alguna que denunciara la invasión, como tan oportunamente acaeció con los gansos del Capitolio en Roma.

Dijo Fernando *el deseado*, «es necesario que el enemigo entre en esa ciudad y que ni mis tropas ni ese vecindario opongan resistencia».

Y al pié de la letra se cumplió la orden de aquel rey *monumental*.

Durante la dominación de Napoleón, se construyó puente nuevo de madera que fué totalmente quemado por los defensores de la plaza en 1813; desde entonces hasta el año 1819 se pasó con un puente provisional, en cuyo año la junta de obras de la localidad y el Ayuntamiento procedieron con sus arbitrios á la construcción de otro puente, al que en 1823 se le cortaron dos arcos ó tramos, y en 1835 fué destruido por los liberales donostiarra al acercarse las tropas carlistas.

El año 1836, el general Evans formó un puente para operaciones, y después del convenio de Vergara se construyó por el arquitecto Echeveste el último puente de madera que nosotros conocimos y todavía en marea baja se observan las bases del memorable *zubi zarra*.

Y, ahora, llega el día feliz en que se realiza aquel deseo que San Sebastián acarició más de cien años: el puente de piedra.

Dos acontecimientos experimentó esta ciudad en el intervalo de pocos años.

El derribo de las murallas y la construcción del puente de Santa Catalina.

Para que la construcción fuera un hecho, hubo necesidad de allanar obstáculos de monta, siendo entre esos el de más difícil solución la llamada cuestión de peajes.

Este intrincado asunto fué resuelto con aplauso general por los inolvidables Joaquín Jamar y Maximino de Aguirre.

Desde aquel momento el puente de piedra se imponía ya.

En Enero de 1870 se verificaba la subasta de las obras ante una concurrencia que invadía los salones y la escalera toda de la Casa Consistorial.

Comenzaron inmediatamente los trabajos, estando al frente de la empresa constructora José Antonio de Aisuaga, bajo la dirección facultativa del arquitecto Antonio Cortázar, autor de los planos del mismo puente.

El 23 de Junio del año 1872 se inauguró el ansiado puente de piedra, siendo aquel fausto día de gran gala para la ciudad de San Sebastián.

Este puente es justamente celebrado por todos, y fué, sin duda, uno de los principales trabajos que realizó el arquitecto Cortázar.

La longitud de estribo á estribo es de ciento veintisiete metros, y la anchura de doce.

El puente se compone de cinco arcos rebajados; cada arco tiene veintitres metros de luz, con seis metros y sesenta centímetros de flecha.

El espesor de las bóvedas en la clave es de un metro y va aumentando hasta un metro cincuenta en los arranques.

Las pilas están fundadas sobre seis hiladas de pilotes separados entre sí de ochenta centímetros. Estos pilotes están cortados á dos noventa metros de la línea de estiaje.

La cimentación del puente se construyó por pilotaje y hormigón.

Los macizos se componen de escogida piedra de Motrico, y de caliza también de Loyola.

La obra de cantería es superior, trabajada toda con verdadero esmero.

Los pilares contienen escudos de armas de España, Guipúzcoa y de los cuatro partidos de esta provincia.

El coste total del puente excedió muy poco de noventa mil duros.

Nos ha parecido oportuno citar estos detalles que á nuestro entender resultan curiosos y que hoy pueden estar á la orden del día.

Hemos terminado lo que nos propusimos: el *árbol genealógico* de los puentes de Santa Catalina, mejor dicho, *genealogía hidráulica*.

Ahora, sea bien venido el nuevo vástago, el puente de Los Fueros, que ansiosa aguarda su feliz llegada la moderna y elegante Donostia.

Sería una ingratitud, un verdadero delito de *leso donostiarismo*, si en este momento no tributáramos un recuerdo á aquel puente levadizo de Puerta de Tierra que desapareció en el derribo de 1863.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

